

# NADA DE PIGMENTOS

Hay un género literario pariente del pregón de fiestas, del prólogo amical, de la solapa de un libro, y es el de los pórticos a las exposiciones de pintura. Hay especialistas. No es infrecuente que en textos cincelados se nos advierta sobre la impregnación sensible, el discurso de la composición, incluso la sensualidad del pigmento...

Negado para esa función iniciática, casi sacerdotal, el autor de estas líneas quisiera anotar sencillamente su encuentro con Adolfo. La ciudad de uno, la ciudad de siempre, guarda extrañas noticias tras el rostro de lo habitual. Andamos por calles grises, sorteamos la agresión de los coches (peor, la de los coches parados), deslizamos nuestra imagen por las lunas de los escaparates inútiles. Y resulta que el indicio de un portero automático nos puede llevar a un reino donde todos los objetos del consumo han sido abolidos, avasallados por un picaporte. Crear es elegir. El artista, en su secreto, ha apartado complicaciones y artilugios, y así me cuadró encontrarlo con su teología de lo que es mínimo e inmenso, la pasión por agotar los significados de un herraje, las numeraciones del árbol, el recado de unas letras que no se explican por el silabario sino en otra clase de lectura, provocadoras...

Fue una tarde muy larga. Salí de comunicarme con el pintor, pero no he salido de su pintura. Lo que no sabría es pronunciarme sobre sus antecedentes en la larga crónica del arte, ni sobre escuelas o técnicas o pronósticos. Siento -evocando a Whitman- que quien toca esta pintura toca un hombre, y no le palpará la piel indemne, sino la llaga de la flecha. Creo que la obra de Adolfo está hecha de preguntas -jóvenes, a veces insolentes, casi desdeñosas-, y al "lector" (si puede) le corresponde responder.

Antonio PEREIRA



"Autorretrato como San Sebastián", 1988.